



CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS

JOSE LUIS ILLANES

El Pontificio Consejo para los Laicos ocupa una posición singular en el conjunto de los organismos que integran la Curia Romana. Su nombre lo acumula a los demás Consejos, de los que se diferencia porque los restantes Consejos son instituciones orientadas a cuidar una realidad o fomentar una actividad determinada, como la vida familiar, el ecumenismo, etc. mientras que el Consejo para los Laicos tiene por objeto una condición o categoría de cristianos, aquellos a los que se designa con el término «laicos». En este sentido, por su materia y, en parte, por su horizonte y su finalidad, se asemeja a algunas Congregaciones como la Congregación para el Clero o la Congregación para los Religiosos.

La consideración que acabamos de apuntar manifiesta algunas de las cuestiones capitales para la comprensión de la naturaleza de este Consejo; es además reflejo de una historia que conviene al menos esbozar. Por eso en nuestra exposición trataremos primero de los antecedentes históricos, después del proceso de formación y desarrollo del Consejo, para concluir con una breve reflexión final.

1. *Antecedentes históricos remotos*

El punto de referencia para toda historia en este campo está constituido por la estructura de la Curia Romana tal y como quedó configurada a raíz de la reforma realizada por Pío X con la Constitución apostólica *Sapienti consilio*, del 29-VI-1908, y confirmada por el Código de 1917. El Código de 1917 al tratar en el c.250 de la Sagrada Congregación del Concilio, le atribuye como competencia «toda la

disciplina del clero secular y del pueblo cristiano»; es pues a este organismo al que correspondía, en la Curia Romana de aquel tiempo, todo lo referente a la vida de los fieles laicos, que constituyen la inmensa mayoría de ese pueblo cristiano al que el nombre de la Congregación se refiere.

No nos consta que exista ningún estudio encaminado a valorar en qué grado o cuantía la actividad de la Sagrada Congregación del Concilio estuvo dedicada, en la práctica, a temas relacionados con el laicado. La impresión general es que, de hecho, su atención se dirigió preferentemente a otras materias, aunque hay algunos temas -como, por ejemplo, las asociaciones de fieles- que sí fueron objeto de amplia consideración. Por lo demás, ya en tiempos del Código de 1917 y, sobre todo, inmediatamente después, se desarrolló una evolución histórica que será decisiva para nuestro problema. Nos referimos, claro está, al proceso que llevó a la solemne afirmación del valor cristiano de la condición laical que tuvo lugar en el Concilio Vaticano II.

Se trata de una realidad bien conocida en la que no hace falta detenerse; mencionemos pues sólo algunos de sus factores. En primer lugar, la crisis de la civilización europea y el proceso de descristianización que provocó un florecer de instituciones y asociaciones con vistas a la animación cristiana de la sociedad, entre las que merece una mención especial la Acción Católica. En segundo lugar, recordemos los fenómenos de vida espiritual que llevaron a profundizar en la vocación cristiana del laico no sólo desde la perspectiva de su acción en orden a la vivificación del orden temporal sino, más radicalmente, desde la perspectiva de su incorporación personal a Cristo. En esa misma dirección confluye un tercer factor: el movimiento litúrgico que condujo, entre otras cosas, a la reafirmación de la asamblea litúrgica y a la visión de la Iglesia como comunidad que, reunida en asamblea, está formada toda ella por cristianos -sacerdotes y seglares- que participan activamente en la celebración.

De ese conjunto de factores, y de otros que podrían añadirse, surgió una reflexión teológica y jurídico-canónica que creció, sobre todo, a partir de los años 40. Los frutos de esa reflexión se manifestaron de modo claro durante el Vaticano II, pero ya en años anteriores afloraron algunas cuestiones que incidían en el funcionamiento de la Curia Romana, planteando, más o menos directamente, la necesidad de estudiar su

modificación. Entre esos hechos mencionemos cuatro que nos parecen más significativos:

a) El ya aludido desarrollo de la Acción Católica y de otras instituciones análogas, fuertemente potenciado durante el pontificado de Pío XI. Se consolidó así una figura jurídica distinta de las contempladas en el Código, sobre cuya naturaleza se discutió ampliamente, y que, en todo caso, se caracterizaba por una estructura no sólo diocesana sino también nacional e incluso internacional, provocando múltiples intervenciones del Romano Pontífice y por tanto suscitando interrogantes sobre el engarce de toda esta labor con los organismos de la Curia.

b) La aparición y crecimiento de las instituciones que se ha dado en agrupar bajo el título de Organizaciones Católicas Internacionales, algunas de ellas con estatuto pontificio -por ejemplo, la Federación Internacional de Universidades Católicas- otras con personalidad jurídica de otro tipo, pero susceptibles todas ellas, en mayor o menor grado, de relaciones con la Curia Romana, unidas, además, en una federación internacional de organizaciones católicas cuyo trato con los organismos vaticanos fue, y es, intenso.

c) La difusión de instituciones y movimientos que promovían, de una u otra forma, la santidad cristiana en el mundo, con cuanto eso implica de reafirmación, más o menos decidida, de la llamada universal a la santidad y al apostolado. Varias de esas instituciones acudieron a los Obispos diocesanos y después a la Santa Sede solicitando su reconocimiento o aprobación. El resultado fue la promulgación, en 1947, de la Constitución *Provida Mater Ecclesiae*, destinada a acoger -bajo la figura, que ella misma creó, de los Institutos seculares- lo que en años anteriores se venía designando en la Curia como «formas nuevas», es decir, esos movimientos o instituciones que aspiraban a difundir -aunque con acentos distintos- la busca de la plenitud de vida cristiana por cauces y con modos diversos de los reconocidos por el derecho canónico de la época. En los años treinta y cuarenta se discutió en la Curia si de estas «formas nuevas» debía ocuparse la Congregación del Concilio, puesto que afectaban a laicos y a sacerdotes seculares, o si, por el contrario, debía hacerlo la Congregación de Religiosos, aunque cambiando en parte su fisonomía pues varias de esas nuevas instituciones afirmaban decididamente que sus miembros ni eran ni querían ser religiosos. La solución final fue la creación de los Institutos seculares, atribuyendo la competencia a la Congregación de

Religiosos, al mismo tiempo que se afirmaba que los miembros de esos Institutos no son religiosos en modo alguno. Era, obviamente, una solución de compromiso, necesitada por tanto de posteriores clarificaciones, como de hecho ocurrió.

d) El cuarto factor que debemos mencionar es la celebración, a partir de 1957, de los Congresos Mundiales (o Internacionales) para el Apostolado de los Laicos, lo que llevó a la creación del COPECIAL o Comité Permanente de los Congresos Internacionales para el Apostolado de los laicos. Constituído en Roma a raíz del Congreso de 1957, el COPECIAL funcionó no solamente como comité preparatorio de los Congresos sucesivos sino también como lugar de intercambio de informaciones y experiencias y de promoción de actividades. Fue, en suma, un organismo estable.

2. *El Concilio Vaticano II*

Los hechos mencionados muestran que, en los años cuarenta y cincuenta, se hacía notar la necesidad de una modificación de la Curia Romana a fin de dar cabida a las nuevas necesidades; de ahí va a proceder, entre otras instituciones, el Consejo de Laicos. El punto de cristalización será el Concilio Vaticano II, al que debemos dedicar ahora nuestra atención.

El 4 de junio de 1960 Juan XXIII, mediante el Motu Proprio *Superno Dei nutu*, creó las Comisiones Preparatorias del Concilio; dos de ellas deben ser recordadas aquí.

La primera es la Comisión que se llamó del Clero y del Pueblo Cristiano, nombre que evoca a la Congregación del Concilio y la competencia que la legislación del momento le otorgaba. De hecho la Congregación del Concilio había trabajado muy intensamente durante la etapa antepreparatoria, es decir, entre 1959 y 1960. A través de una serie de Comisiones internas a la propia Congregación había analizado los pareceres llegados desde los episcopados nacionales, las universidades católicas, etc., elaborando posteriormente un amplio documento en el que ocupa un lugar muy destacado lo referente a la vocación y al apostolado de los laicos¹.

1. Ese informe sobre el apostolado laical puede verse en *Acta et documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando*, series I, vol. III, pp. 157-214.

Ese material pasó a la Comisión Preparatoria del Clero y del Pueblo cristiano y sirvió de base para sus trabajos.

Pero hagamos ya referencia a la segunda Comisión Preparatoria. Según los datos de que se dispone, en la primera redacción del Motu Proprio *Superno Dei nutu* se incluían sólo catorce Comisiones a las que, posteriormente, se le añadió una más: esta Comisión fue precisamente la que aquí nos interesa y a la que se le dio el nombre de Comisión para el Apostolado de los Laicos. No se conocen con detalle las consideraciones que llevaron a ese cambio, pero parece claro que la decisión se tomó muy a última hora².

Sea cual sea el detalle de esa historia, constituye, a nuestro juicio, un reflejo de la situación que se ha descrito más arriba, concretamente de la existencia de esas dos instituciones que son, de una parte, la Congregación del Concilio, y, de otra, el COPECIAL: la Comisión del Clero y del Pueblo cristiano remite a la Congregación del Concilio; la Comisión para el Apostolado de los Laicos, al COPECIAL. Las competencias de una y otra Comisión variaron, en la evolución posterior del Concilio, cuando, después de la experiencia de la primera sesión, se procedió a reestructurar el trabajo; pero la duplicidad inicial pervivió siempre de algún modo.

Cabe preguntarse si en la aparición de esas dos Comisiones influyeron factores más de fondo que la simple repercusión de las instituciones preexistentes, es decir, la Congregación del Concilio y el COPECIAL³. No puede, en este momento, darse una respuesta clara; el problema es, sin embargo, real, pues no resulta aventurado pensar que se encuentra ahí la raíz de una oscilación que es dado observar a lo largo de todo el Concilio respecto al modo de enfocar el tema del apostolado de los laicos: la oscilación entre apostolado individual y apostolado asociado. El acento en el apostolado individual nos acerca a planteamientos como los que subyacen en la figura de la Congregación del Concilio, que contempla al pueblo cristiano en su múltiple y variada actividad; el acento en el apos-

2. Sobre la constitución de esta Comisión, su composición y su trabajo a lo largo de todo el Concilio hasta la promulgación del Decreto *Apostolicam actuositatem* pueden encontrarse datos en las diversas historias de la elaboración del Decreto ya publicadas, algunas de las cuales se encuentran en obras a las que haremos referencia en páginas sucesivas.

3. E, incluso, yendo más allá, relacionar esta cuestión con la diversidad de enfoque de dos importantes documentos: la Constitución *Lumen gentium*, con su amplio capítulo sobre los laicos, y el Decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los laicos

tolado asociado nos acerca al COPECIAL y a los Congresos del Apostolado de los Laicos, en los que, obviamente, se hizo también referencia al apostolado individual, pero a los que acudieron principalmente representantes de asociaciones y movimientos. Todo lo cual puede a su vez haber influido en la forma de enfocar las posteriores decisiones respecto a la reestructuración de la Curia, inclinando hacia una u otra de las dos soluciones posibles: reformar e infundir un nuevo espíritu en las instituciones de gobierno ya existentes, a fin de que tomaran conciencia de todo lo que laicado representa en la vida de la Iglesia; o, por el contrario, crear una institución nueva que se ocupara específicamente del laicado.

A nuestro juicio ni uno ni otro problema estuvieran presentes, de forma explícita y consciente, en las decisiones que se tomaron en junio de 1960 al constituir las Comisiones preparatorias del Concilio, pero subyacen a parte de la problemática posterior e incluso de la presente. Por lo demás algo resulta claro: lo que luego acabará siendo el Consejo Pontificio para los Laicos tiene su origen en el Decreto *Apostolicam actuositatem*. Retomemos pues el hilo de la narración.

Desde los primeros proyectos a partir de los cuales se llegó al Decreto, se apuntó en efecto la propuesta de constituir consejos u organismos de coordinación del apostolado de los laicos⁴. El texto definitivo del Decreto *Apostolicam actuositatem* recoge estas ideas en el n. 26, donde se recomienda que se creen consejos a todos los niveles: parroquial, interparroquial o diocesano y, finalmente, interdiocesano o internacional, terminando con el siguiente párrafo: «Constitúyase en la Santa Sede un secretariado especial para el servicio e impulso del apostolado de los laicos, como centro que, con medios adecuados, facilite noticias sobre las obras de apostolado, fomente las investigaciones sobre los problemas que surgen en ese campo y asista con sus consejos tanto a la Jerarquía como a los seglares que participan en obras apostólicas». El texto añade que conviene que en este secretariado estén representados los movimientos y realizaciones del apostolado seglar más importantes de todo el mundo y

4. Cfr. A. GLORIEUX, *Histoire du Décret*, en AA. VV., *L'apostolat des laïcs. Décret Apostolicam actuositatem*, París 1970, p. 116.

que en él colaboren también sacerdotes y religiosos, cooperando así con los laicos⁵.

Como puede verse, el Decreto conciliar piensa en un organismo de carácter consultivo e incluso prevalentemente de información y estudio: un organismo que difunda noticias, promueva actitudes y reuniones, estudie cuestiones de interés universal, etc.; en suma, algo muy parecido a lo que venía realizando el COPELAL, y por tanto un organismo de coordinación, asesoramiento e impulso, pero sin atribuciones jurídicas propiamente dichas.

3. La constitución del «*Consilium de Laicis*»

Dos años después, en 1967, Pablo VI dió un primer paso para concretar la realización de esta propuesta conciliar: el Motu Proprio *Catholicam Christi Ecclesiam*, del 6 de enero de 1967, creó lo que fue denominado *Consilium de laicis*, consejo acerca de los laicos, para tratar lo referente a los laicos⁶.

El enfoque de este Motu Proprio de Pablo VI puede calificarse de apostólico, no solamente en cuanto que refleja una preocupación apostólica, sino además porque concibe al Consejo como ordenado directamente a la promoción del apostolado de los laicos: el texto no procede a describir cual sea la condición y misión del laico, ni le atribuye al Consejo una competencia respecto a otros aspectos la vida laical, sino que centra su atención en el apostolado de los laicos y a este apostolado ordena toda la actividad del Consejo.

Esta referencia a la acción apostólica se refuerza aun más por una decisión tomada durante las reuniones de estudio para preparar este Motu Proprio y confirmada finalmente por el propio Pablo VI: unir dos propuestas hechas en el Concilio en documentos distintos; concretamente, la propuesta de constituir un secretariado para los laicos, y la sugerencia hecha en la Constitución *Gaudium et spes* respecto a la creación de un consejo, secretariado o comité ordenado a promover la justicia en el

5. CONC. VATICANO II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, n.26, Para un comentario de este número ver las reflexiones de J.M. CASTELLANO, en AA.VV. *Il Decreto sull'apostolato dei laici*, Turín 1966, p. 324-326.

6. PABLO VI, Motu Proprio *Catholicam Christi Ecclesiam*, 6-I-1967 (AAS, 59, 1967, pp. 25-28).

mundo⁷. Teniendo en cuenta que una parte del apostolado de los laicos consiste en santificar al mundo desde dentro, infundiendo en las costumbres y en las instituciones el espíritu cristiano, se pensó en unir de alguna manera el *Consilium de Laicis* con lo que se denominó Comisión *Iustitia et Pax*: de hecho no sólo fueron creados con un mismo documento o acto jurídico, sino que, además, se los estructuró vinculándolos entre sí (ambos debían tener, según el decreto de constitución, el mismo Cardenal Presidente y el mismo Vice-Presidente, que debe ser un obispo).

En cuanto a las funciones que el Motu Proprio atribuye al *Consilium de Laicis*, puede decirse, en líneas generales -y con matices que enseguida señalaremos-, que se mantiene el esquema establecido en el Decreto *Apostolicam actuositatem*: el *Consilium* es, ante todo, un órgano de información y de estudio. A él le compete, dice el Motu Proprio, promover el apostolado de los laicos, asistir a la Jerarquía y a los laicos con consejos y sugerencias, impulsar la coordinación de actividades, convocar congresos internacionales, realizar estudios con vistas a profundizar en temas que interesen al apostolado laical, publicar boletines que faciliten el mutuo conocimiento de las instituciones⁸.

No obstante, al final de uno de los párrafos, se incluye una indicación que se mueve en una línea algo diversa y más directamente jurisdiccional. Al Consejo le compete -dice el Motu Proprio- *curare ut leges ecclesiasticae, ad laicis respicientes, fideliter servantur*, ocuparse de que se cumplan fielmente las leyes eclesiásticas que se refieren a los laicos: desde las tareas consultivas, de información y de estudio se pasa a las jurisdiccionales, dando un paso que va a continuar grabitando sobre la posterior historia del Consejo.

Pocos meses después, el 15 de agosto de 1967, fue publicada la Constitución *Regimini Ecclesiae Universae* sobre la reforma de la Curia Romana, en la que se menciona al *Consilium de laicis*, sin añadir ningún dato nuevo o particular, pero con el efecto importante de incluirlo, a partir de ese momento, entre los organismos estables de la Curia Romana⁹.

7. CONC. VATICANO II, Constitución *Gaudium et spes*, n. 80.

8. Pronto aparecieron el boletín «Los laicos hoy», un Servicio de documentación y un Servicio de información, que se publicaron, y publican, en varias lenguas.

9. PABLO VI, Constitución *Regimine Ecclesiae Universae*, 15-VIII-1967 (AAS, 59, 1967, p. 920).

Estos son los datos básicos, aunque, al llegar a este punto, vale la pena detenerse un poco, pues la figura del Consejo tal y como está delineada en 1967 se ha mantenido, con retoques, hasta nuestros días. Quizá, a este efecto, lo mejor sea señalar sus singularidades, ya que, como apuntábamos al principio, el Consejo es, ya desde 1967, un organismo en cierto modo peculiar dentro de la Curia Romana, y esto por dos motivos:

a) En primer lugar por su composición. Está presidido por un cardenal y cuenta con uno o varios vicepresidentes, que deberán ser obispos, y con un secretario, que será presbítero. Los restantes miembros se prevé en cambio que sean en su totalidad, o en su casi totalidad, laicos; en principio, personalidades representativas de las diversas asociaciones de apostolado seglar existentes en el mundo, que, por tanto, en gran parte, residirán fuera de Roma. Entre los consultores podrá haber obispos, presbíteros y laicos (en la práctica, fueron en su mayoría laicos). La estructura es -como puede verse- parecida a otros organismos de la Curia; pero la composición, el hecho de que la mayoría de los miembros y consultores sean laicos, constituye, en cambio, una singularidad.

b) El segundo factor de singularidad afecta al punto ya antes señalado, es decir, a las tareas encomendadas, concretamente a su configuración como un organismo fundamentalmente de información y coordinación de las realidades de apostolado existentes en las diversas partes del mundo, aunque con una cierta vertiente jurídica.

Esta función jurisdiccional, apuntada en términos muy generales por el Motu Proprio -cuidar que se cumplan fielmente las leyes eclesíásticas referentes a los laicos-, se concretó algo en los años sucesivos, centrándola en las asociaciones de fieles, lo que supuso una modificación de la competencia de la antigua Congregación del Concilio e incluso de lo que preveía al respecto la Constitución *Regimini Ecclesiae Universae*¹⁰.

4. Del «*Consilium de Laicis*» al «*Pontificium Consilium pro Laicis*»

La siguiente etapa en la evolución del Consejo nos traslada al año 1976 en el que Pablo VI promulgó un nuevo Motu Proprio, titulado

10. Según S. CARMIGNANI (*Sviluppo, competenze e strutture del Pontificium Consilium pro Laicis*, en AA.VV. *Scritti in memoria di Pietro Gismondi*, Milán 1987, p. 260) esta evolución se debió a una sugerencia de la Suprema Signatura Apostólica.

Apostolatus peragendi en el cual el *Concilium de Laicis* se transformó en *Pontificium Concilium pro Laicis*¹¹.

Lo primero que salta a la vista son los cambios operados en el nombre. El primero de ellos, la utilización del adjetivo «pontificio», tiene un sentido claro: subrayar la importancia del Consejo. El segundo, es decir, el paso del *de laicis* al *pro laicis*, necesita algún comentario. No ha habido explicaciones oficiales, pero parece claro que una de las razones ha sido evitar el equívoco suscitado por la traducción del *de laicis* a otros idiomas, en los que, al designar al Consejo como «Consejo de laicos», se podía dar a entender que se trataba de un consejo, formado por laicos, que asesoraba a la Santa Sede, y no un consejo que se ocupa de los laicos como es la realidad y como indica el *de laicis* latino. El paso del *de* al *pro* obedece, además, probablemente, a otra razón: acercar terminológicamente el Consejo a organismos de rango superior como la Congregación *pro clericis* o *pro religiosis*.

Sea lo que fuere de esta última razón, es un hecho que, según la legislación de 1976, la competencia del Consejo aumenta sensiblemente: sigue teniendo funciones de estudio e impulso, pero se amplían sus funciones jurisdiccionales. De hecho el texto legal le atribuye, de algún modo, competencia sobre la totalidad de las cuestiones referentes a los laicos; si bien -así lo advierte repetidas veces el Motu Proprio- teniendo en cuenta la competencia de los otros dicasterios de la Curia Romana, clausula que, de una parte, limita las funciones del *Consilium pro Laicis*, pero que, de otra, subraya la amplitud de sus funciones y fundamenta el establecimiento de relaciones orgánicas entre el Consejo y todo el resto de los dicasterios pontificios.

Más en concreto, según esta nueva normativa, le corresponde:

- promover que los laicos participen, individual o asociadamente, en la vida y misión de la Iglesia;
- cuidar, dirigir y promover, cuando sea necesario, las iniciativas que se refieren a la acción apostólica de los laicos en los diversos sectores de la vida social, salva la competencia de los otros dicasterios de la Curia;
- estudiar las cuestiones que se refieren a las asociaciones de laicos tanto de ámbito nacional como internacional, salva la competencia de la

11. PABLO VI, Motu Proprio *Apostolatus peragendi*, 10-XII-1976 (AAS, 68, 1976, pp. 696-700).

Secretaría de Estado; así como los asuntos referentes a las asociaciones piadosas de cualquier tipo -incluso las Terceras Ordenes-, manteniendo relaciones con la Sagrada Congregación para los Religiosos, cuando se trate de asociaciones que tengan que ver con alguna familia religiosa, con la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, cuando se trate de asociaciones misioneras, y con la Congregación para el Clero, cuando se trate de asociaciones comunes a laicos y clérigos;

- fomentar la participación de los laicos en actividades catequéticas, litúrgicas, sacramentales, etc., actuando de común acuerdo con los otros dicasterios romanos;

- cuidar, junto con la Congregación para el Clero, de lo que se refiere a los Consejos pastorales, sea parroquiales sea diocesanos;

- cuidar el cumplimiento de las leyes eclesásticas que se refieran a los laicos y entender, por vía administrativa, en las controversias que se planteen.

En cuanto a estructura, el Pontificio Consejo para los Laicos continúa manteniendo la establecida en 1967 para el *Consilium de Laicis*, con una presencia predominante de laicos: el nuevo Motu Proprio establece, en efecto, una mayor intervención de obispos y presbíteros, pero los clérigos siguen siendo minoritarios en el interior del Consejo. En concreto hay un Cardenal Presidente al que asiste una comisión formada por otros tres cardenales y un secretario, también clérigo. Respecto a los demás miembros, se prevé que sean laicos en su mayoría, pero se establece que debe haber también algunos clérigos, sea obispos sea presbíteros. En cuanto a los consultores, se establece que deberá haber un número amplio de laicos, pero también clérigos -en número menor-, algunos de ellos designados por razón del oficio que desempeñan en otros dicasterios de la Curia con los que el Consejo podrá tener una relación más estrecha.

Esta es, en síntesis, la configuración del Consejo en 1976¹². Con respecto a la evolución en los años inmediatamente posteriores, señalemos sólo dos datos:

- a) Años antes, en 1973, Pablo VI había creado un Comité para la Familia, que mantuvo desde el principio íntima relación con el *Consilium*

12. En el artículo de S. CARMIGNANI ya citado (cfr. nota 9) puede encontrarse una descripción más detallada, con datos sobre la organización en servicios y la distribución de tareas establecida por el reglamento interno del Consejo.

de *Laicis*; el Motu Proprio de 1976 dio a esas relaciones un carácter orgánico, aunque conservando la distinción entre el Comité para la Familia y el nuevo *Consilium pro Laicis*. Posteriormente, en 1981, Juan Pablo II sustituyó el Comité para la Familia por un Pontificio Consejo para la Familia dotado de personalidad autónoma; la competencia del Pontificio Consejo para los Laicos se vió así algo restringida.

b) Aunque las diversas tareas atribuidas al Consejo por el Motu Proprio *Apostolatus peragendi* se desarrollaron de modo desigual, el Consejo fue de hecho consolidando, a lo largo de los años posteriores a 1976, la ampliación de su competencia más allá de lo consultivo y de promoción, extendiéndola a los aspectos jurisdiccionales o, al menos, administrativos. La manifestación más significativa continuó siendo lo referente a las asociaciones de fieles, con relación a lo cual el Consejo había dado un paso importante: el reconocimiento y erección, dotándolas de personalidad jurídica, de asociaciones concretas, con todo lo que esos actos implican de ejercicio de potestad¹³.

5. *El Sínodo de los Obispos de 1987*

El Pontificio Consejo para los Laicos estuvo presente en la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos celebrada en octubre de 1987, como no podía ser menos tratándose de un Sínodo convocado para tratar precisamente de la vocación y misión de los laicos¹⁴. En los trabajos sinodales se abordaron cuestiones que afectan todas ellas, y muy directamente, a la labor del Consejo. Pero el Consejo en cuanto tal fue mencionado pocas veces en las discusiones sinodales, que versaron preferentemente sobre cuestiones doctrinales, más que organizativas.

En las proposiciones finalmente aprobadas por los Padres se hace referencia al Consejo sólo en una de ellas, concretamente la número 15.

13. La asociación más conocida, entre las que fueron objeto de erección, es la Fraternidad de Comunión y Liberación, reconocida y erigida con decreto del 11-II-1982; el texto del decreto de erección puede verse en «Il Diritto Ecclesiastico», 9302 (1982), pp. 673-675.

14. El Cardenal Presidente del *Consilium pro Laicis* fue uno de los Presidentes del Sínodo; dos oficiales del Consejo fueron designados peritos del Sínodo; entre los observadores laicos fueron numerosos -mayoría- los vinculados con el *Consilium pro laicis* o con instituciones que mantienen con el *Consilium* relaciones estrechas.

Esta proposición forma parte del apartado destinado a hablar de los movimientos y asociaciones, y recoge algunas sugerencias en relación con la autoridad eclesiástica y su competencia a ese respecto. La proposición comprende tres párrafos; el primero no afecta a nuestro tema, sí en cambio el segundo y el tercero, que dicen lo siguiente:

«b) Que el Consejo Pontificio para los Laicos haga públicos los criterios, según los cuales pueda darse la aprobación formal de la Santa Sede a organizaciones católicas internacionales y a movimientos espirituales y de apostolado, y que ofrezca a todos la lista de aquellos grupos que gozan ya de esa aprobación oficial.

c) Se pide que el Consejo Pontificio para los Laicos y el Secretariado para la Unidad de los Cristianos definan en qué condiciones pueda aprobarse una asociación ecuménica en la que la mayor parte de los miembros es católica y la menor acatólica, y en qué casos no pueda emitirse un juicio positivo»¹⁵.

Detengámonos en el primero de esos dos párrafos, que es el de alcance más general. El tenor de la frase manifiesta, sin duda, una cierta reticencia o prevención. ¿Qué hay debajo de esta petición del Sínodo? ¿Puede, tal vez, pensarse que obedece a un deseo del Sínodo por precisar la naturaleza del Pontificio Consejo para los Laicos, entrando en el análisis jurídico de su figura? Las razones fueron de hecho otras: a lo que responde esa petición es al interés y a la preocupación manifestados por diversos Padres a lo largo de todo el Sínodo respecto a los movimientos de apostolado surgidos durante las décadas precedentes y a cuanto se relaciona con inserción de esos movimientos en el conjunto de las estructuras pastorales. El Pontificio Consejo para los Laicos, repitámoslo, no fue objeto de consideración directa en las tareas sinodales: ni se estudió su figura, ni se hicieron recomendaciones sobre su fisonomía presente o futura, ni se puso en duda su competencia, tampoco por lo que se refiere a aprobar o erigir asociaciones; simplemente se solicitó información sobre la línea de actuación que el Consejo venía siguiendo a este respecto. Puede decirse, en este sentido, que el Sínodo y sus deliberaciones no

15. Las proposiciones no eran públicas, pero de hecho llegaron a los medios de comunicación social; en España se publicaron en la revista «Vida nueva», n.1606/7, correspondiente al 7.XI.1987; la proposición 15 se encuentra en p. 2380.

afectan a la configuración del Consejo en cuanto tal, aunque, lógicamente, puedan, y deban, influir en su actividad.

La posterior Exhortación apostólica postsinodal *Christifidelis laici* recogió las peticiones contenidas en la citada proposición 15, aunque con una salvedad: encomienda al Pontificio Consejo para los Laicos la tarea de preparar un elenco de las asociaciones que cuentan con aprobación oficial de la Santa Sede y la de estudiar -con el Pontificio Consejo para la Unión de los Cristianos- las condiciones para la aprobación de asociaciones ecuménicas con mayoría católica y minoría no católica, pero guarda silencio sobre la solicitud de información acerca de los criterios a los que deben ajustarse las aprobaciones concedidas o por conceder, tal vez por considerar que el tema está ya suficientemente respondido en el amplio párrafo que la propia Exhortación dedica a los criterios de eclesialidad que deben presidir cualquier juicio sobre movimientos y asociaciones¹⁶.

6. La Constitución «*Pastor bonus*»

Paralelamente a los acontecimientos recién mencionados se estaba procediendo al estudio de la reforma de la Curia Romana, es decir, a la preparación de lo que acabaría siendo la Constitución Apostólica *Pastor bonus*, que fue promulgada el 28 de junio de 1988.

Uno de los objetivos de la reforma fue conseguir una simplicificación de la estructura de la Curia, clarificando la naturaleza de los secretariados y consejos y, eventualmente, unificando la terminología. Ascendía así a un primer plano el tema del Pontificio Consejo para los Laicos y, concretamente, esa oscilación entre el carácter consultivo y jurisdiccional que lo ha acompañado desde el principio: ¿cuál es exacta y precisamente su naturaleza?, ¿cabe pensar en transformarlo en una Congregación propiamente dicha? Diversos rasgos de su evolución y los deseos de algunos de los que participaban en su trabajo orientaban en esta última dirección. De hecho el proyecto de constitución elaborado en 1985 acogió esa tendencia: incluye, en efecto, entre las Congregaciones, la *Congregatio de Laicorum*

16. Cfr. Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, n.31; de los criterios de eclesialidad se ocupa el n. 30.

*Apostolatu*¹⁷. La Constitución *Pastor bonus* dio marcha atrás y mantiene la figura del *Pontificium Consilium pro Laicis*¹⁸.

Entre las razones que llevaron a la decisión definitivamente adoptada, ocupó un lugar de primer plano la discusión sobre la naturaleza de la *potestas sacra* y la participación en su ejercicio por parte de los laicos: ¿puede haber una Congregación, organismo netamente jurisdiccional, en la que haya una mayoría de laicos?¹⁹. El problema se lo habían planteado ya los redactores del esquema de 1985, e intentaron resolverlo incluyendo una cláusula en la que, al hablar de los miembros de la proyectada *Congregatio de Laicorum Apostolatu*, después de señalar que entre ellos se contarían preferentemente fieles laicos que trabajaran en actividades apostólicas diversas, se añadía: «permaneciendo firme, sin embargo, que aquellos asuntos que requieren el ejercicio de la potestad de régimen se reservan a quienes han recibido el orden sagrado»²⁰. Esta restricción no pareció suficiente; surgía pues un dilema: modificar la composición del dicasterio o renunciar a convertirlo en Congregación. Esta última solución se impuso, llegándose así al texto de la *Pastor bonus*²¹.

¿Cómo queda configurado el Pontificio Consejo para los Laicos en esta Constitución? Para responder a esta pregunta, expongamos, ante todo, el contenido del articulado. «El Consejo es competente -declara el primer artículo que le dedica la *Pastor Bonus*- en todo aquello que le corresponde a la Santa Sede en orden a promover y coordinar el apostolado de los laicos, así como, en general, en todas aquellas cosas que se refieran a la vida cristiana de los laicos en cuanto tales», es decir, en cuanto laicos y no genéricamente en cuanto fieles²². El artículo siguiente describe, en

17. *Schema Legis Peculiaris de Curia Romana*, Tipografía Políglota Vaticana, 1985, arts. 77 a 81, p. 47.

18. JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Pastor bonus*, 12-VI-1988, arts. 131-134 (AAS, 80, 1988, pp. 894-895).

19. Para una consideración detenida -y crítica- del tema en relación con el *Consilium pro Laicis*, ver. P. MONNOT, *Les laics et le pouvoir de gouvernement au sein de la Curie romaine*, en «Praxis juridique et religion», 3 (1986), pp. 173-184. Para una síntesis de la problemática general ver J.I. ARRIETA, «Potestas regiminis» y sacramento del Orden, en AA.VV. *Sacramentalidad de la Iglesia y Sacramentos*, Pamplona 1983, pp. 523-537; y E. CORECCO, *Nature et structure de la «sacra potestas» dans la doctrine et dans le nouveau Code de Droit Canonique*, en «Revue de Droit Canonique», 34 (1984), pp. 361-389.

20. *Schema Legis Peculiaris de Curia Romana*, art. 78.

21. Es la explicación ofrecida por el Card. Francis Arinze en el artículo *Tipología degli organismi della Curia Romana*, aparecido en «L'Osservatore Romano», 20-VII-1988.

22. Const. ap. *Pastor bonus*, art. 131.

términos muy generales, su composición²³; los posteriores se ocupan, con mayor detalle, de las tareas que le competen, estableciendo que le corresponde:

- estimular y ayudar a los laicos para que participen, del modo que les es propio, en la vida y misión de la Iglesia, sea individualmente sea asociados, y, especialmente, impulsarles a cumplir con su deber de informar las realidades temporales con el espíritu de Evangelio;

- fomentar la cooperación de los laicos en la catequesis, en la vida litúrgica y sacramental, así como en las obras de misericordia, caridad y promoción social;

- organizar y dirigir congresos internacionales y otras iniciativas relacionadas con el apostolado de los laicos;

- cuidar cuánto, dentro del ámbito de su competencia, se refiera a las asociaciones laicales de fieles; erigir y aprobar los estatutos de las asociaciones que tengan índole internacional, salva la competencia la Secretaría de Estado; y, respecto a las Terceras Ordenes, ocuparse de los aspectos que se refieren a la actividad apostólica²⁴.

Como puede verse conserva, con matices, la misma naturaleza estructura y, en parte, la misma competencia que le atribuía la legislación anterior. Señalemos dos puntos:

- a) se subraya que la competencia del Consejo se refiere particularmente a la actividad apostólica de los laicos, aspecto que estaba ya presente en los textos anteriores -y en el proyecto de 1985 donde se lo denominaba precisamente *de laicorum apostolatu-*, pero que ahora se refuerza;

- b) desaparece la frase -presente en el Motu Propio de 1967, ampliada en el de 1976 y mantenida en el proyecto de 1985- según la cual le corresponde cuidar la aplicación de las normas canónicas que se refieren a los fieles laicos y resolver, por vía administrativa, las controversias con ellos relacionadas.

En suma, salvo lo referente a las asociaciones laicales de fieles, la actividad del Consejo se presenta como una actividad de estudio, promoción

23. Se limita a establecer que el Presidente estará asistido por un comité de presidencia formado por Cardenales y Obispos, y que los miembros del Consejo serán fundamentalmente laicos que participen en variadas actividades apostólicas.

24. Const. ap. *Pastor bonus*, arts. 133 y 134.

y coordinación e impulso, y no, propiamente hablando, jurisdiccional o de gobierno.

7. *Consideración final*

El Pontificio Consejo para los Laicos presenta -como dijimos al principio- algunas peculiaridades en relación con el conjunto de los dicasterios romanos. Es, además, un organismo en evolución, que ha pasado desde un primer planteamiento que le concebía como un consejo estrictamente consultivo, de impulso, estudio e intercambio de experiencias en el campo del apostolado seglar, a asumir, en mayor o menor grado según las diversas fases, funciones jurisdiccionales. De forma esquemática puede decirse que la tendencia hacia la configuración como organismo de carácter jurisdiccional fue en aumento hasta encontrar su culmen en el proyecto de ley de 1985 en el que se propugna su transformación en Congregación pontificia; las deliberaciones y estudios realizados con ese motivo supusieron una inflexión en el proceso, de modo que en el texto definitivo de la *Pastor bonus* no sólo se vuelve a la calificación de Consejo, sino que se acentúa su condición de organismo consultivo de información, promoción y estudio.

En la raíz de esa decisión se encuentran, como ya señalamos, las discusiones sobre la naturaleza de la *sacra potestas* y sobre el alcance de la posible cooperación de los laicos en su ejercicio. Ese es, sin duda, el problema doctrinal más importante que se ha planteado y se plantea en relación con el Consejo para los Laicos, su historia pasada y sus eventuales desarrollos futuros. No queremos dejar de mencionar otro punto, quizá menos pero no carente de implicaciones y presupuestos, también eclesiológicos; a él aludimos, por lo demás, al comienzo de estas páginas: la repercusión que, a nivel estructural, tiene -y no puede por menos de tener- la variedad o pluriformidad que caracteriza el apostolado laical, haciendo imposible llegar, en este campo, a una tipificación de actividades que pueda considerarse cerrada o incluso con pretensiones de exhaustividad.

Surge así una pregunta: el apostolado de los fieles laicos y, más aún, su vida, ¿pueden ser objeto exclusivo de uno o varios dicasterios especializados, o -sin excluir la existencia de organismos especializados- debe reconocerse a la vez que ese apostolado y esa vida dicen relación a todas

las estructuras jurisdiccionales a través de las cuales se impulsa y encauza la pastoral ordinaria? Esta segunda es, sin duda, la respuesta adecuada, como lo manifiesta la profundización alcanzada en estos últimos años respecto a la vocación y la misión laicales, y lo confirman el análisis de los documentos magisteriales y el estudio de la legislación canónica. Se trata, en efecto, de una cuestión que ha condicionado algunos de los problemas que afloran a lo largo de la historia que ha sido objeto de nuestra consideración, y que, muy probablemente, continuará condicionado la historia posterior.